R. GUARDIN

LOS SIGNOS SA 7 GRADOS

ROMANO GUARDINI

LOS SIGNOS SAGRADOS

Segunda edición

EDITORIAL LITÚRGICA ESPAÑOLA, S. A.
SUCESORES DE JUAN GILI
AVDA. DE JOSÉ ANTONIO, 581 - BARCELONA (11)

Del original:
VON HEILIGEN ZEICHEN
Publicado por la Editorial MATTHIAS-GRÜNEWALD, de Mainz
Versión del P. JORGE DE RIEZU, O. F. M. Cap.

NIHIL OBSTAT
El Censor
Dr. FRANCISCO CAMPRUBÍ, Pbro.
Barcelona, 3 de mayo de 1965

IMPRIMATUR
† GREGORIO
Arzobispo de Barcelona
Por mandato de Su Excia. Rvma.
ALEJANDRO PECH, Pbro.
Canciller-Secretario

Depósito legal: B. 18897.-1965

© Matthias-Grünewald, de Mainz (Alemania)
© E. L. E., S. A., de Barcelona (España), 1965

GRAFICAS MARINA, S. A. - Paseo de Carlos I, 140 - Barcelona (13)

PRÓLOGO

LOS capitulitos de este libro, que vieron la luz en el transcurso de diez años, tienen por objeto ayudar al esclarecimiento del mundo de la Liturgia.

Al escribirlos pensé que no se lograba mi propósito con decir en qué época y circunstancias nacieron este uso y aquella oración; ni tampoco se conseguía con explicar que tal rito significa esto, tal otro significa aquello, atribuyendo a las acciones litúrgicas algún sentido, muy profundo si se quiere, pero que no brota vivo de su misma entraña, sino que se deduce de un concepto doctrinal.

En Liturgia no se trata en primer término de conceptos, sino de realidades; y no de realidades pasadas, sino actuales, que de continuo se renuevan en nosotros y por nosotros; de realidades humanas en forma y acción. Mas no se hacen éstas asequibles diciendo cuándo nacieron y qué camino han seguido en su desenvolvimiento; ni tampoco atribuyéndoles un sentido doctrinal cualquiera, antes bien enseñando a descubrir en la forma corpórea el fondo, en el cuerpo el alma, en el suceso terreno la virtud sagrada oculta. La Liturgia es un mundo de realidades santas y misteriosas, representadas en forma sensible; tiene carácter sacramental.

Será, pues, menester lo primero ponerse al tanto de aquel acto viviente por donde el fiel comprende, recibe y ejecuta los sagrados "signos visibles de la

gracia invisible". "Formación litúrgica", en una palabra, es lo que ante todo se requiere, y no información, bien que ésta, naturalmente, no se ha de separar de aquélla. Una guía, en fin, o cuando menos un estímulo, para ver y ejecutar al vivo los "signos sagrados".

Pues a este propósito parecióme oportuno y eficaz el comenzar por lo más sencillo, por los elementos de que surgen después las creaciones superiores de la Liturgia. Había que poner en vibración aquello que en el hombre responde a los signos elementales, a fin de hacerle sentir en qué manera son signos y símbolos. Una vez captados por ese proceso vital con que el hombre de la forma o fenómeno exterior deduce la esencia de las cosas que se le ofrecen, y mediante formas propias expresa su propia vida íntima, convertidos así de meras formas convencionales en verdaderos símbolos, era de esperar que también los hiciera suyos el proceso de creación y contemplación de formas cristianas. Que no en vano bautizados en cuerpo y alma están los seres a quienes se dirigen. Y de esta suerte se comprenderían — tal fue al menos mi intento — como símbolos sagrados, es decir, como signos sensibles de sacramentos y sacramentales [1].

Lo intentado de manera práctica en aquellos pequeños ensayos — sin pretensiones de cosa acabada —, traté posteriormente de justificar y establecer sobre sólida base en mi libro Liturgische Bildung *(Maguncia, 1923).*

Ahora bien, siempre ofrece sus dificultades,

1. El significado de este párrafo, un tanto oscuro para los no versados en el simbolismo litúrgico, se irá aclarando con la lectura de la obra, particularmente con la de los epígrafes «El cirio» y «La llama». — *(Nota del Traductor.)*

transcurrido algún tiempo, el presentar de nuevo y desligada de las circunstancias que la acompañaron una obra que nació por determinado motivo y fue creciendo en estricta conexión con el desenvolvimiento vivo de determinadas personas. Demasiado sé además cuántos reparos no cabe hacer a estos ensayos: que son poco objetivos, antes bien pecan de sobrado líricos y subjetivos; que no son imprescindibles, sino ocasionales e impresionistas, aparte su discutibilidad literaria. Así y todo, siendo la idea fundamental buena, estimo que tienen derecho de parecer en público; ya que no logren totalmente su intento, mostrarán por lo menos algo que debe ser visto y buscado; cuanto más que en la literatura actual sobre Liturgia no hallo cosa alguna que enseñe a ver y buscar mejor.

Sé muy bien quiénes podían decir mejor y con más acierto que yo estas cosas: una madre que, educada litúrgicamente, enseñara a su hijo a hacer bien la señal de la cruz; a ver en el cirio encendido el símbolo de lo que ha de ser su vida; a estar en la casa del Padre con todas sus potencias y sentidos... Todo ello sin género de miras estéticas, sino por vía de contemplación y de acción, no como quien va colgando desordenadamente gestos y ademanes en torno de una teoría. O bien un maestro que viviera compenetrado con sus alumnos; que los preparara a sentir y celebrar como se debe el domingo, y las fiestas, y el año litúrgico con sus tiempos, la puerta, y la campana, y el recinto sagrado, y la procesión por los campos... Estos tales podían decir cómo se vivifican los signos sagrados.

Una como realización, a la par que promesa, de lo que voy diciendo hallé en un breve escrito de la

notable educadora católica María Montessori, cuyo sistema pedagógico estriba en la acción viva. Declárase allí cómo en una de sus escuelas los niños cultivan una viña y la vendimian; siembran de trigo un campo y recogen las mies; preparan, en fin, según sus posibilidades y de acuerdo con las prescripciones de la Iglesia, el pan y el vino, que a su tiempo llevan en ofrenda al altar. Esto sí que es — junto con la instrucción adecuada — educación litúrgica

El camino de la vida litúrgica no va precisamente por la mera instrucción teórica, sino ante todo por la acción.

Contemplación y acción: tales son las dos columnas en que descansa el edificio litúrgico; iluminadas, ciertamente, mediante clara doctrina y enraizadas en la tradición de la Iglesia mediante oportuna instrucción histórica. Pero ha de ser acción verdadera, y no hay duda que "hacer" realmente una cosa es más que "ensayarla" para después poderla ejecutar debidamente. "Hacer" es cosa elemental, en que ha de tomar parte todo el hombre, con sus potencias creadoras; es realización viva; experiencia, comprensión y contemplación vivas.

El día que tales educadores hablen de los signos sagrados por experiencia propia, este librito estará de más. Entretanto, derecho tiene y aun obligación de hablar lo mejor que sepa.

Mooshausen, en el Algau suabo.
Primavera de 1927.

LA SEÑAL DE LA CRUZ

CUANDO hagas la señal de la Cruz, procura que esté bien hecha. No tan de prisa y contraída, que nadie la sepa interpretar. Una verdadera cruz, pausada, amplia, de la frente al pecho, del hombro izquierdo al derecho. ¿No sientes cómo te abraza por entero? Haz por recogerte; concentra en ella tus pensamientos y tu corazón, según la vas trazando de la frente al pecho y a los hombros, y verás que te envuelve en cuerpo y alma, de ti se apodera, te consagra y santifica.

¿Y por qué? Pues porque es signo de totalidad y signo de redención. En la Cruz nos redimió el Señor a todos, y por la Cruz santifica hasta la última fibra del ser humano. De ahí el hacerla al comenzar la oración, para que ordene y componga nuestro interior, reduciendo a Dios pensamientos, afectos y deseos; y al terminarla, para que en nosotros perdure el don recibido de Dios; y en las tentaciones, para que Él nos fortalezca; y en los peligros, para que Él nos defienda; y en la bendición, para que, penetrando la plenitud de la vida divina en nuestra alma, fecunde cuanto hay en ella.

Considera estas cosas siempre que hicieres la señal de la Cruz. Signo más sagrado que éste no le hay. Hazlo bien: pausado, amplio, con esmero.

Entonces abrazará él plenamente tu ser, cuerpo y alma, pensamiento y voluntad, sentido y sentimientos, actos y ocupaciones; y todo quedará en él fortalecido, signado y consagrado por virtud de Cristo y en nombre de Dios uno y trino.

LA MANO

El cuerpo entero es instrumento y espejo del alma. No reside ésta simplemente en aquél a la manera de una persona en su aposento, sino que vive y obra en cada uno de los miembros y en cada fibra; y habla por cada línea, forma y movimiento corporal. Rostro y mano son, empero, de especial modo instrumentos y espejos del alma.

Que lo sea el rostro, nadie lo duda. Cuanto a la mano, si reparas en alguna persona — o en ti mismo —, notarás que no hay movimiento del ánimo — alegría, sorpresa, expectación — que no se manifieste en ella. Un súbito alzar o un ligero movimiento de la mano, ¿acaso no dicen a menudo mucho más que la palabra misma? ¿Y no parecen a las veces groseras las palabras, comparadas con el delicado y expresivo lenguaje de la mano?

Después del rostro, ésta es la parte más espiritual del cuerpo. Firme y vigorosa, cual conviene a un instrumento de trabajo y arma ofensiva y defensiva; pero ¡vaya estructura elegante la suya! ¡Y qué bien articulada, cuán ágil y provista de nervios de fina sensibilidad! Instrumento, a la verdad, adecuado para declarar el hombre su propia alma. Y para recibir la ajena; que también a ese fin le sirve la mano. ¿O no recibimos por ventura el alma del amigo al estrechar en nuestras manos las que él nos tiende, con la confianza, alegría, afecto y dolor que hablan por ellas?

Fuerza será, pues, que la mano tenga su lenguaje propio allí donde tan particularmente habla y escucha el alma: ante Dios; allí donde el alma acude a entregarse y recibir a Dios: en la oración.

Cuando uno se concentra en sí mismo y está en su alma a solas con Dios, las manos se estrechan fuertemente la una con la otra, y se entrecruzan los dedos; así, el flujo interno, que pugna por escapar, pasa de una en otra y refluye en lo interior, a fin de que todo él quede adentro, cerca de Dios. Expresión del recogimiento interior, de la guarda del «Dios escondido». Como si dijera el alma: «Dios es mío, y yo soy suya; y ambos estamos estrechamente unidos.» Esa misma postura toman las manos en sobreviniendo algún peligro de angustia, de necesidad grave o de dolor: se estrechan apretadamente la una con la otra; y allí lucha consigo el alma hasta triunfar de sí misma y recobrar la paz.

Mas cuando uno se presenta al Señor en actitud sumisa y reverente, ¿qué hace sino extender ante el pecho las manos, juntas por las palmas, en señal de disciplina y respeto? Expresión humilde y bien ordenada de la propia palabra, y disposición a escuchar atentamente la divina. Signo también de conformidad y sumisión, ese abandonar en las manos de Dios, atadas, por decirlo así, las nuestras, con que en ocasiones salimos en propia defensa.

Puede también ocurrir que en la presencia de Dios se abra el alma con intenso júbilo o gratitud; que sueltos, como en un órgano, todos los registros, se difunda la interior riqueza y abundancia; o que surja y llame en ella algún deseo vehemente. El hombre en tales casos, vueltas arriba las palmas, las levanta en alto, para que por ellas fluya libre la

corriente interior, y el alma reciba plenamente lo que sedienta anhela.

Y puede, en fin, suceder que, ante un sacrificio inminente, se concentre uno en sí mismo, con cuanto es y tiene, para ofrecerse generosamente a Dios. Cruza entonces manos y brazos sobre el pecho.

Bello y excelente lenguaje el de la mano. Dice la Iglesia que nos la dio el Señor para «llevar en ella el alma».

Toma, pues, en serio ese lenguaje. Dios escucha cuanto le dice de lo más íntimo del alma. Pueden también las manos revelar pereza interior, disipación y otras cosas poco loables. Mantenlas siempre bien, y cuida que el corazón vaya de concierto con lo que ellas exteriormente manifiestan.

Cosa delicada esta que acabamos de exponer ; de las que no se habla propiamente a gusto, sino con cierta reserva. Tanto mayor ha de ser en la práctica nuestra solicitud, no convirtiendo el lenguaje de la mano en juego vano y afectado, antes bien cuidando que por él manifieste a Dios el cuerpo con absoluta sinceridad los sentimientos del alma.

DE RODILLAS

¿CUÁL es la actitud del engreído? Se atiesa, yergue la cabeza, los hombros y el cuerpo entero. Su continente está diciendo: «Soy mayor que tú; soy más que tú.» Pero cuando uno siente bajamente de sí mismo y se tiene en poco, inclina la cabeza y agacha el cuerpo: «se achica». Y tanto más, a la verdad, cuanto mayor sea la persona que tiene a la vista, cuanto menos valga él mismo en su propia estimación.

¿Y cuándo más clara que en la presencia de Dios la sensación de pequeñez? ¡El Dios excelso, que era ayer lo que es hoy y será dentro de cien mil años! ¡El Dios que llena este aposento, y la ciudad, y el universo, y la inmensidad del cielo estelar! ¡El Dios ante quien todo es como un grano de arena! ¡El Dios santo, puro, justo y altísimo!... ¡Él, tan grande!... ¡Y yo, tan pequeño!... Tan pequeño, que ni remotamente puedo competir con Él; que ante Él soy nada.

Sin más, cae en la cuenta de que ante Él no es posible presentarse altivo. «Se empequeñece»; desearía reducir su talla, por no presentarla allí altanera; y ¡mira!, ya ha entregado la mitad, postrándose de rodillas. Y si el corazón no está aún satisfecho, cabe doblar la frente. Y aquel cuerpo inclinado parece decir: «Tú eres el Dios excelso; yo, la nada.»

Al arrodillarte, no seas presuroso ni inconsiderado. Es preciso dar a ese acto un alma, que consista en inclinar a la vez por dentro el corazón ante Dios con suma reverencia. Ya entres en la iglesia o salgas de ella, ya pases ante el Altar, dobla hasta el suelo la rodilla, pausadamente; y dobla a la vez el corazón, diciendo: «¡Soberano Señor y Dios mío!...» Si así lo hicieres, tu actitud será humilde y sincera; y redundará en bien y provecho de tu alma.

DE PIE

HEMOS dicho que el respeto ante el Dios infinito requiere actitud comedida. Es Dios tan grande, y ante Él nosotros tan poca cosa, que el solo reparar en ello trasciende al exterior: nos empequeñece, nos fuerza a doblar la rodilla.

Mas puede también la reverencia mostrarse de otra suerte. Imagina que estás sentado, ora descansando, ora en conversación; llega de pronto una persona, para ti respetable, y te dirige la palabra. Puesto al punto de pie, le escuchas, y respondes a sus preguntas cortésmente erguido.

¿Qué viene a significar esa actitud? Ponerse de pie supone ante todo concentración de facultades y energías; de la postura de comodidad y abandono, pasamos a la de disciplina y rigidez. Entraña además atención; porque el estar de pie es actitud expectante y despierta. Implica, en fin, ánimo dispuesto; porque, de pie, ya está uno listo para marchar, como también para cumplir en el acto una orden o comenzar el trabajo que se le asigna.

Tal es la otra manera de actitud respetuosa ante Dios. Aquélla, de rodillas, propia de la adoración y perseverancia en la quietud; ésta, de pie, atenta y activa, propia del siervo solícito y del soldado en armas.

De pie escuchan los fieles la Buena Nueva, es decir, el Evangelio, leído o cantado, en la Santa

Misa. De pie asisten los padrinos en la pila bautismal, prometiendo por su ahijado la guarda constante de la fe. De pie los novios, cuando ante el altar por palabra mutua de fidelidad contraen matrimonio. Y en tantas otras ocasiones.

También para el individuo puede ser a las veces expresión viva de los sentimientos del alma el orar de pie. Los primeros cristianos gustaban de hacerlo así. Conoces, sin duda, la imagen del Orante de las Catacumbas : cuerpo erguido, túnica descendente en nobles pliegues, brazos abiertos. Se le ve libre, pero disciplinado ; apaciblemente atento a la palabra y presto a obrar con alegría.

No siempre podrás arrodillarte bien ; estarías cohibido. En tales casos, bueno será te pongas de pie ; es postura de libertad. Pero que sea un verdadero estar de pie. En ambos pies, y sin apoyarse. Las rodillas tensas, no encorvada una con dejadez. Recto y compuesto.

En esta actitud la oración es austera y libre a la vez, reverente y pronta a obrar.

EL ANDAR

¿Son muchos los que saben andar? No consiste en ir de prisa o en correr, sino en moverse con sosiego. Ni en marchar a paso lento y furtivo, sino en avanzar resueltamente. El bien andante se mueve con ágil pie, sin arrastrarse. Airosamente erguido, no encorvado. Sin vacilar, antes bien con equilibrio estable.

¡Cuánta nobleza no encierra el buen andar! Soltura, pero de buena crianza. Ligereza y gravedad, derechura y solidez, sosiego y fuerza de avance. Y según sea andar de hombre o de mujer, en esa fuerza se trasluce un rasgo de valor o de gracia; lleva algún peso externo, o bien un mundo interior de quietud radiante.

¡Y qué bello el andar por algún motivo piadoso! Puede convertirse en verdadero acto de culto. Así, el mero andar ante Dios, consciente y respetuoso, como acontece en la iglesia, mansión del Altísimo, donde nos hallamos de manera especial en su real presencia O bien la escolta que se da al Señor marchando procesionalmente — ¿te asalta el recuerdo poco grato de la aglomeración desordenada y del fastidioso arrastrarse y curiosear de tantas procesiones? ¡Tan festivo y alegre como podía ser el cortejo de los fieles al Señor por las calles del lugar, o por los campos, «su heredad», todos orando en sus corazones, los hombres con paso resuelto y vigoroso, con dignidad de madres las mujeres, graciosas las jóvenes

doncellas con su virginal encanto, con brío reprimido los mancebos!...

Así, una procesión de rogativas y penitencia convertiríase en plegaria viviente. Sería reconocimiento personificado de nuestra culpa y necesidad, pero templado con la confianza cristiana: como en el hombre hay una fuerza, la voluntad serena y segura de sí misma, que domina las demás potencias y sentidos, así hay un poder sobre toda necesidad y toda culpa, que es el Dios viviente.

¿No se declara acaso en el andar la nobleza del hombre? Ese continente erguido, dueño de sí mismo y de sus movimientos, sereno y seguro, ¿no es por ventura prerrogativa exclusiva nuestra? Caminar enhiesto significa ser hombre.

Pero somos más que hombres. «De divina estirpe», nos llama la Escritura (*Sal.* 81, 6; *Jn.* 10, 34; *Hechos* 17, 28), de Dios regenerados a nueva vida. Cristo vive en nosotros, de manera particularmente íntima por el Sacramento del Altar; su cuerpo está en el nuestro; su sangre circula por nuestras venas. Porque «quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él», nos lo ha dicho el mismo Jesucristo (*Jn.* 6, 56).

Cristo crece en nosotros, y nosotros crecemos en Él en largura, anchura y profundidad, «hasta alcanzar la madurez de Cristo» (*Efes.* 4, 13); hasta que «Él tome forma en nosotros» (*Gál.* 4, 19), y nuestro ser y obrar, «ya comamos, ya bebamos, ya durmamos o hagamos cualquier otra cosa» (1 *Cor.* 10, 31; *Colos.* 3, 17), juego o trabajo, algría o lágrimas, todo se trueque en vida de Cristo.

De este conocimiento y misterio podía ser símbolo espontáneo, expresivo y bello el buen andar:

realización, transformada en profundo símil, de aquel consejo divino: «Anda en mi presencia y sé perfecto.» (*Gén.* 17, 1.)

Pero con sinceridad. Porque sólo de la verdad, nunca de la afectación, puede nacer su belleza.

EL GOLPE DE PECHO

HA comenzado la Santa Misa. El celebrante está en las gradas del Altar. Los fieles o, haciendo sus veces, el monaguillo, rezan: «Yo, pecador, me confieso a Dios Padre todopoderoso..., que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra, por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.» Y al pronunciar la palabra «culpa», dan con la mano en el pecho.

¿Qué querrá decir eso de golpearse el pecho el hombre? Tratemos de escudriñarlo.

Para ello, comencemos haciendo bien ese acto. No un toquecito leve en la ropa con las yemas de los dedos; a puño cerrado hay que batir el pecho. ¿No has visto por ventura en alguno de esos cuadros antiguos a San Jerónimo en el desierto, hincado de rodillas, golpearse el pecho con una piedra? Pues así ha de ser: no mera ceremonia, sino verdadero golpe, que, asestado en las puertas de nuestro mundo interior, le ponga en sobresalto. Entonces entenderemos qué significa el golpe de pecho.

Este mundo interior nuestro había de estar lleno de vida, de luz y actividad viril. Mas ¿qué aspecto ofrece en realidad? Tan serias obligaciones como nos incumben, deberes de nuestro cargo, necesidades, resoluciones que tomar; con todo, apenas si se nota dentro algún movimiento. Tantas culpas como pesan sobre nosotros; ¡y cuán poco nos dolemos de ellas!

«*Media vita in morte sumus:* en la flor de la vida estamos cercados de muerte»; y no reparamos en ello. Mas de pronto suena la aldabada de Dios: «¡Despierta! ¡Mira en derredor! ¡Entra en cuentas contigo mismo! ¡Conviértete! ¡Haz penitencia!» Este aviso divino se representa y materializa en el golpe de pecho, que, llegando adentro, ha de poner en conmoción a ese mundo interior, para que despierte, abra los ojos y se convierta a Dios.

Reflexionando, cae en la cuenta de haber disipado la seriedad de la vida, infringido los mandamientos y descuidado los deberes «por su culpa, por su culpa, por su grandísima culpa». En su culpa vive aherrojado, sin otro arbitrio para salir de ella que reconocer sinceramente: «Pequé con el pensamiento, palabra y obra contra el Dios de la santidad y contra la Comunión de los Santos.» Se pone de parte de Dios y sale por Él contra sí mismo; conforma su sentir con el de Dios; cobra odio de sus pecados y descarga la mano contra el pecho.

Tal es, pues, el significado de batir el pecho: el hombre despierta; sacude el mundo interior, para que oiga el llamamiento divino; vuelve por los fueros de Dios y usa de rigor consigo mismo. Reflexión, en suma, arrepentimiento y mudanza de vida.

Por eso preste y pueblo se dan golpes de pecho al *Confiteor* de la oración de las gradas. Lo hacemos asimismo antes de la Comunión, al mostrarse el cuerpo de Cristo, diciendo: «Señor, yo no soy digno de que entréis en mi morada.» Y en las *Letanías de los Santos,* cuando, reconociéndonos pecadores, rezamos: «*Peccatores, te rogamus audi nos:* nosotros, pecadores, te rogamos nos escuches.»

No siempre el significado de este uso es el que acabamos de señalar, sino otro más atenuado. Así, los fieles se dan golpes de pecho en la Consagración, al alzar el celebrante la Sagrada Forma y el Cáliz; y también en el *Angelus,* cuando dicen: «*Et Verbum caro factum est:* y el Verbo se hizo carne.» Aquí ha perdido el golpe su sentido propio, reduciéndose a mera expresión genérica de reverencia y humildad. Mas debería conservar la austera seriedad de llamamiento a la reflexión y de penitencia que se impone a sí mismo el corazón contrito.

LAS GRADAS

LLEVAMOS discurriendo sobre diversas cosas; pero ¿has dado en la cuenta de lo que con ello hemos hecho?

Cosas tiempo ha sabidas, pero que nos han parecido nuevas. Cosas mil veces vistas, que, contempladas a su verdadera luz, nos han descubierto su interior y revelado bellezas desconocidas. Hemos prestado atención, y ellas han roto a hablar. Nos hemos puesto en contacto con acciones ya antes a menudo usadas, las hemos hecho a conciencia, y sin más nos han entregado el secreto que guardaban.

Gran descubrimiento, por cierto. Pues a este tenor hemos de ir reconquistando lo que tiempo ha poseíamos, para que vuelva a ser realmente nuestro. Un ver exacto, un oír exacto y un obrar exacto es el supremo arte de aprender a ver y de llegar a saber. En tanto no lo conseguimos, todo permanece para nosotros mudo y oscuro; pero una vez logrado, las cosas se manifiestan como son; muestran su interior, y de ahí, de su esencia, va adquiriendo forma lo que de fuera aparece. Y comprobarás que precisamente las cosas más a la vista, las acciones cotidianas, encierran los secretos más profundos. En lo más simple se esconde el misterio más sublime.

Ejemplo tenemos en las gradas. Tantísimas veces como has andado por ellas, ¿reparaste una siquiera en lo que acontecía en ti mismo al subirlas?

Porque realmente sucede algo en nosotros cuando ascendemos; sino que, de puro sutil y secreto, no lo advertimos.

Pues ahí se declara un profundo misterio. Uno de esos fenómenos que provienen de la raíz de nuestra naturaleza, enigmático, imposible de descifrar con la razón, pero que cualquiera lo entiende, por ser reacción nacida de lo más íntimo de nuestro ser.

No sólo el pie sube en las gradas, sino con él nuestro ser. También en espíritu subimos. Y hecho con recogimiento, presentimos vagamente la ascensión de aquella altura en que todo es grande y perfecto: el cielo donde Dios tiene su morada.

Pero ya tocamos el misterio a que aludíamos. ¿Se halla Dios propiamente «arriba»? Para Él no hay alto ni bajo. A Dios llegamos haciéndonos más puros, más sinceros y mejores. Pero ¿qué relación hay entre hacerse mejor y subir unas gradas, entre ser puro y estar en lo alto? Aquí huelgan las explicaciones. Nos es ingénito el considerar lo bajo como símbolo de mezquindad y malicia, lo alto como imagen de nobleza y bondad; y el subir con gravedad nos evoca la ascensión de nuestro ser hacia el «Altísimo», hacia Dios. No sabemos explicarlo, pero sentimos y vemos que así es.

Por eso, de la calle a la iglesia hay unas gradas, que parecen decir: «Vas arriba, a la casa de oración, cerca de Dios.» Y nuevamente las hay de la nave del templo al presbiterio, que sugieren: «Ahora entramos en el Santísimo.» Y por fin otras, para llegar al altar. Y al subirlas, susurran al oído aquello que Dios dijo a Moisés en el monte Horeb: «Quítate el calzado, porque es santo el suelo que pisas.» El altar es el umbral de la eternidad.

¡Qué hermoso es todo esto! Y ahora, pregunto, ¿subirás las gradas consciente? ¿Sabiendo que es para ir arriba? ¿Te resolverás a dejar abajo lo mezquino, para subir realmente «a lo alto»? Mas huelga dilatarse aquí en palabras. Basta que veas en tu interior con claridad, y que en ti se cumplan las «ascensiones del Señor».

LA PUERTA

A menudo entramos por ella en la iglesia, y siempre nos dice algo. ¿Lo percibimos?

¿A qué fin estará ahí la puerta? Te sorprende sin duda la pregunta, y no crees difícil la respuesta: «Pues, para entrar y salir.» Cierto; pero para eso no era menester puerta alguna; bastaba un amplio boquete en el muro, que se abriera y cerrara con una valla de tablones y travesaños. Con eso la gente podía entrar y salir, y asunto concluido. Y con la ventaja de ser más barato. Pero no sería una «puerta». Ésta hace algo más que cumplir una finalidad trivial: la puerta habla.

Mira; al pasar por el marco, te dices interiormente: «Ahora abandono las cosas de fuera; voy adentro.» Lo de fuera es el mundo, hermoso, lleno de vida y movimiento; pero también de no poca fealdad y bajeza. Tiene cierto parecido con la plaza del mercado, en que todos corren de una parte a otra, todos tratan de acomodarse. No le llamemos profano, pero algo de eso lleva en sí el mundo.

Por la puerta entramos en un recinto separado de la plaza, silencioso y sagrado: el templo. Todas las cosas son, a la verdad, obra y don de Dios, y dondequiera podemos hallarle. Todo lo hemos de recibir de su liberalidad y santificarlo con sentimientos piadosos. Ello no obstante, de siempre sabe el

hombre que ciertos lugares están especialmente consagrados y separados para Dios.

La puerta está entre lo exterior y lo interior; entre la plaza y el santuario; entre la pertenencia del mundo y la casa de Dios. Y al atravesarla, parece decir: «Deja fuera lo impropio del lugar adonde entras: pensamientos, deseos, preocupaciones, curiosidades y cosas vanas. Deja fuera lo que no es sagrado. Purifícate, que entras en el templo.»

No deberíamos pasar por la puerta apresuradamente. Con toda calma habíamos de atravesarla, abriendo el corazón, para que perciba lo que ella le habla. Y aun bueno sería detenerse antes un poco, a fin de que el tránsito fuera un andar de purificación y recogimiento.

Pero la puerta dice aún más. Observa cómo al pasar por ella involuntariamente levantas cabeza y ojos. Elevas la mirada y la extiendes por el recinto; el pecho se dilata y el alma parece agrandarse. Aquel vasto templo simboliza la eternidad infinita, el cielo donde Dios tiene su morada. Más altas son, ciertamente, las montañas, e inmensa la región azul; pero todo eso es abierto, sin delimitación ni forma, en tanto que éste es un recinto reservado a Dios, hecho y santamente configurado para Él. Lo están diciendo las esbeltas columnas, los anchos y fuertes muros y la alta bóveda; sí, ésta es casa de Dios, mansión del Señor por manera especial e íntima.

Y quien introduce al hombre en este misterioso recinto es la puerta. «Desecha toda mezquindad, nos dice; depón toda estrechez e inquietud. Fuera de ti cuanto oprime. Pecho abierto; ojos en alto; alma libre. Templo de Dios es éste, e imagen de ti mis-

mo. Porque en cuerpo y alma eres templo vivo de Dios. Dale amplitud, dale libertad y altura.»

«¡Elevaos, portales! ¡Abríos, puertas eternas, para que entre el Rey de la gloria!» (*Sal.* 23, 7.)

No cierres los oídos a esa voz. ¿A qué fin casa de piedra y madera, si tú mismo no eres casa viva de Dios? ¿A qué puertas de alta bóveda y hojas broncíneas, si en ti mismo no hay puerta por donde entrar el Rey de la gloria?

EL CIRIO

¡SINGULAR posición la de nuestra alma! Acontécele con todas las cosas creadas lo que en el Paraíso a nuestro padre Adán; el cual, viendo desfilar ante sí, presentados por Dios para que les diera nombre, los animales de la creación, ninguno halló que se le asemejara. Así también de las cosas del mundo que pasan ante ella se reconoce el alma «distinta». Y no hay ciencia terrena que disipe esta certidumbre, ni bajeza que la desvirtúe: «Soy distinta del resto de la creación; extraña a todos los seres, con solo Dios emparentada.»

Mas, con ser esto verdad, no lo es menos que con todas las cosas tiene el alma cierto parentesco. Siéntese a par de ellas como en familia. Todo le habla: forma, actitud, movimiento. E inquieta busca la manera de expresar en ellas sus sentimientos más íntimos y de convertirlas en símbolos de su propia vida. No bien descubre una figura relevante, allí ve reflejado algún rasgo de su propia fisonomía y aludida alguna cualidad suya.

¿No es verdad lo que decimos? Pues en eso estriba el simbolismo. «No soy como vosotras», dice el alma a las criaturas, viéndose esencialmente extraña a todas; mas luego, por la misteriosa afinidad que tiene con ellas, interpreta las cosas y los sucesos como imágenes de su propio ser.

He aquí un símbolo, bello y expresivo como pocos: el cirio. Quizá nada diga yo que no hayas tú mismo sentido a menudo.

Mírale ahí en el candelero. Anchuroso y grave descansa sobre el suelo el pie, del que arranca firme y seguro el tallo; ajustado en el mechero y ceñido inferiormente por amplia arandela, sube en el aire el cirio, algo más sutil en la parte superior, pero rígido y consistente, por alto que se eleve. Así está en el espacio, esbelto, intactamente puro, si bien cálido de tono; inconfundible por su forma distinta. Mira en su ápice oscilar la llama, por donde el cirio convierte en luz radiante y ardorosa la sustancia de su cuerpo virginal.

Viéndole, ¿no sientes despertar en ti ambiciones nobles? Pues hele ahí en su puesto, sin titubeos ni vacilaciones, recto, puro y aristocrático. Nota bien cómo en él todo parece decir: «Estoy dispuesto»; y cómo está donde debe: ante el Señor. Verás también que no usa de evasivas ni hurta el cuerpo al deber. Todo pregona disposición clara y resuelta.

Y cumpliendo sin tregua su destino, se consume en luz y ardor.

Pero acaso dirás: ¿Qué sabe el cirio de esas cosas, no teniendo alma? Préstasela tú. Conviértelo en símbolo de la tuya. Haz que a su vista despierten las nobles disposiciones de tu corazón: «¡Heme aquí, Señor!» Al punto experimentarás que la actitud del cirio, tan gallarda y pura, representa tus propios sentimientos. Procura que esas bellas disposiciones se truequen en fidelidad probada. Entonces dirás con verdad: «¡En ese cirio, Señor, estoy yo en tu presencia!»

No abandones tu puesto; persevera en él hasta el fin. Ni andes inquiriendo razones ni motivos. La razón suprema de tu vida consiste en cosumirte en verdad y amor por Dios, como el cirio en luz y ardor.

EL AGUA BENDITA

MISTERIOSA, por cierto, el agua. Pura, sencilla — «casta» la llamó San Francisco —. Tan modesta, que parece no dársele nada de sí misma. Tan desinteresada, que se diría estar hecha para servicio, aseo y refrigerio ajeno. Pero ¿la observaste acaso dormida en la profundidad y te sumergiste allí con ánima sensible? ¿Vislumbraste por ventura cuán preñado de misterios está el abismo? ¿No te parecieron maravillosas, seductoras y terroríficas aquellas profundas aguas? ¿Las escuchaste alguna vez cuando en caudaloso río fluyen, y fluyen, violentas y fragorosas? ¿O las viste quizás en vertiginoso remolino, cómo giran, bullen y atraen? Tan angustiosa violencia puede surgir de tal espectáculo, que se vea forzado a huir de allí el corazón humano...

Misteriosa el agua. Sencilla, limpia, ajena de sí misma; dispuesta siempre a asear y apagar la sed; pero a la vez insondable, inquieta, enigmática y violenta, y aun peligrosamente seductora. Imagen adecuada de los abismos misteriosos de donde brota la vida y acecha la muerte; imagen de la vida misma, tan clara al parecer, pero tan erizada de problemas.

Se comprende, pues, que de ella use la Iglesia para simbolizar y conferir la vida divina, la gracia.

Del Bautismo salimos un día hombres nuevos, «regenerados por el agua y el Espíritu Santo» (*Jn.* 3,

5), después de muerto allí y sumergido el hombre viejo.

Y con «agua santa», con agua bendita hacemos la señal de la Cruz de la frente al pecho y del hombro izquierdo al derecho; con ese elemento primigenio, enigmático, puro, sencillo y fecundo, símbolo y vehículo de aquel otro elemento de vida sobrenatural, que es la gracia.

Con la bendición purifica la Iglesia el agua de las fuerzas tenebrosas que en ella dormitan. No son meras palabras. Quien tenga alma sensible, habrá experimentado el encanto de la energía natural que proviene del agua. Pero ¿sólo habrá en ella fuerzas naturales, y no algún elemento extraño y oscuro? Porque en la naturaleza, en sus tesoros y encantos, andan también mezcladas cosas maléficas y satánicas. Culpa es de la ciudad embrutecedora de almas que con frecuencia el hombre no se percate; pero la Iglesia, que lo sabe, «purifica» el agua de todo maligno enemigo y la «bendice», pidiendo al Señor haga de ella el instrumento de su gracia.

Ahora bien, al entrar el cristiano en la casa de Dios, santíguase de la frente al pecho, y del hombro izquierdo al derecho, es decir, toda la persona, con agua pura y purificadora, para que el alma quede limpia. ¿No es hermoso este rito, en que la naturaleza purificada, la gracia y el hombre ansioso de limpieza se juntan en la señal de la Cruz?

¿Y al anochecer? «La noche es enemiga del hombre», dice no sin razón el proverbio, ya que para la luz fuimos creados. Así que al rendirse al poder del sueño y de las tinieblas, en que muere la luz del día y de la conciencia, el cristiano hace con agua bendita la señal de la Cruz, símbolo de la na-

turaleza redimida y purificada, para que Dios le libre de cuanto se fragua en las tinieblas. Y por la mañana, al despertar del sueño y de la oscuridad e inconsciencia, y reanudar la vida, repite la señal en recuerdo de aquellas puras aguas bautismales que le introdujeron en el reino de la luz de Cristo. Bella costumbre, en que naturaleza y alma redimidas se encuentran en el signo de la Cruz.

LA LLAMA

Ya avanzada la tarde, te hallas un día de otoño en la campiña. Oscuridad y frío en derredor. En la vasta extensión inanimada, el alma se siente en soledad. Su anhelo de viviente busca en torno algún apoyo; mas nadie responde. Árboles desnudos, frías colinas, llanuras desiertas, ¡todo muerto! Ella, único ser viviente en aquel yermo. De pronto, al doblar el camino, brilla una luz... ¿Será algún llamamiento? ¿La respuesta al buscar ansioso del alma? ¿Algo esperado o familiar?

O bien acontece que te hallas al anochecer sentado en oscuro aposento. Paredes grises e indiferentes, muebles mudos. En esto se oyen pasos conocidos; una mano experta enciende la estufa; crepita dentro la leña, brota la llama, y de la portezuela abierta se esparce por el aposento un claror rojizo y un calorcito reparador. ¡Qué cambio! ¿No es verdad? Todo está ahora animado. Como cuando en un rostro apagado brilla de súbito risueña la vida.

Sí; el fuego se asemeja a los seres vivientes. Y es imagen purísima de nuestra alma; reflejo de cuanto experimentamos vivir en nuestro interior: es cálido, luminoso, inquieto, siempre dirigido en alto. Viendo subir íntegra la llama, sensible al más leve soplo, pero tenaz en su tendencia ascensional, irradiando luz y prodigando calor, ¿no sentimos ahí un afinidad profunda con aquello nuestro que tam-

bién arde de continuo, y es luz y tiende a las alturas, por más que sea a menudo cimbreado por las potencias adversas que lo cercan? Y viendo cómo la llama penetra, y anima, y transfigura el ambiente, y se convierte en centro vivo de cuanto ilumina, ¿no descubrimos ahí una imagen de la misteriosa luz que llevamos dentro, encendida en este mundo para transfigurar todas las cosas y darles una patria?

En efecto, así es. La llama simboliza nuestra vida interior, con sus aspiraciones, su irradiación, fortaleza y espíritu. Llama que vemos, parece que por su oscilación y brillo nos hablara un ser viviente. Y deseando exteriorizar nuestra vida y hacerle hablar de alguna manera, encendemos una llama.

Comprendemos también por qué ha de arder donde nos correspondía estar de continuo: ante el Altar. Allí habíamos de permanecer en profunda adoración, concentradas nuestras potencias y facultades en la misteriosa y augusta presencia. Dios vuelto a nosotros, y nosotros a Él. Así había de ser. Y lo significamos encendiendo allí la llama, como símbolo y expresión de nuestra vida.

La llama que allí arde en la lámpara perpetua — ¿lo has pensado? — eres tú. La llama significa tu alma. Significa... debía significarla. Porque naturalmente de suyo nada dice a Dios la luz terrena. Tú eres quien ha de expresar por medio de ella tu vida consagrada a Dios. Su augusta presencia ha de ser realmente el lugar donde arda tu alma, donde viva, se inflame y brille para Él. Tan en propia casa has de sentirte allí, que la llama silenciosa de la lámpara sea verdadero emblema de tu vida interior.

Esfuérzate por conseguirlo. La cosa no es fácil;

mas, hecho a ello, tras tales momentos de quietud luminosa, podrás tranquilo reanudar tu vida entre los hombres. La llama queda en su augusta presencia, y tú dirás a Dios con verdad: «Señor, ésa es mi alma. Siempre a tu lado.»

LA CENIZA

HABRÁS visto en la vera del bosque una planta herbácea, la espuela de caballero, de hojas verdinegras caprichosamente redondeadas, tallo erguido, flexible y consistente; flor como recortada en seda y de un fúlgido azul perlino, que llena el ambiente. Pues si un transeúnte la cortara y, cansado de ella, la arrojara al fuego..., en un abrir y cerrar de ojos toda aquella gala refulgente se reduciría a un hilillo de ceniza gris.

Lo que el fuego aquí en breves instantes, lo hace de continuo el tiempo con todos los seres vivientes: con el gracioso helecho, y el altivo gordolobo, y el pujante y vigoroso roble. Así con la leve mariposa, como con la rauda golondrina. Con la ágil ardilla y el lento ganado. Siempre la misma cosa, ya de súbito, ya con despacio; por herida, enfermedad, fuego, hambre o cualquier otro medio, día ha de llegar en que se vuelva ceniza toda esa vida floreciente.

Del cuerpo arrogante, un tenue montoncito de ceniza. De los colores brillantes, polvo pardusco. De la vida rebosante de calor y sensibilidad, tierra mísera e inerte; aun menos que tierra: ¡ceniza!

Tal será también nuestra suerte. ¡Cómo se estremece uno al fijar la vista en la fosa abierta y ver junto a huesos descarnados una poca ceniza grisácea!

«¡Acuérdate, hombre:
Polvo eres,
Y en polvo te has de convertir!»

Caducidad: eso viene a significar la ceniza. Nuestra caducidad; no la de los demás. La nuestra; la mía. Y que he de fenecer, me lo sugiere la ceniza cuando el sacerdote, al comienzo de la Cuaresma, con la de los ramos un día verdeantes del último Domingo de Palmas, dibuja en mi frente la señal de la Cruz, diciendo:

«*Memento homo*
Quia pulvis es
Et in pulverem reverteris.»

Todo ha de parar en ceniza. Mi casa, mis vestidos, mis muebles y mi dinero; campos, prados, bosques. El perro que me acompaña, y el ganado del establo. La mano con que escribo estas líneas, y los ojos que las leen, y el cuerpo entero. Las personas que amé, y las que odié, y las que temí. Cuanto en la tierra tuve por grande, y por pequeño, y por despreciable: todo acabará en ceniza, ¡todo!...

EL INCIENSO

Y vi llegar un ángel, que traía un incensario de oro, y púsose ante el altar. Y fuéronle dados muchos perfumes... Y el humo de los perfumes subió por entre las oraciones de los santos de la mano del ángel a la presencia de Dios.» (*Apoc.* 8, 3-4.)

Así el *Apocalipsis* de San Juan.

¡Cuánta nobleza en ese colocar sobre las brasas los granos de dorado incienso, y en ese humo perfumado que sube del incensario oscilante! Parece una melodía, hecha de movimiento reprimido y de fragancia. Sin utilidad práctica alguna, a manera de canción. Bello derroche de cosas preciosas. Amor desprendido y abnegado.

Como allá en Betania, cuando fue María con el frasco de nardo precioso y lo derramó sobre los pies del divino Maestro allí sentado, enjugándoselos luego con sus cabellos; y de su fragancia se llenó la casa. No faltó entonces un espíritu sórdido que murmurase: «¿A qué tal dispendio?» Pero el Hijo de Dios le atajó, diciendo: «Dejadla, que para el día de mi sepultura lo guardaba.» (*Jn.* 12, 7.) Misterio de la muerte, del amor, del perfume y del sacrificio.

Pues eso mismo acontece con el incienso: misterio de la belleza, que asciende graciosamente, sin utilidad práctica; misterio del amor, que arde, y se consume ardiendo, y no teme la muerte. Tampoco faltan aquí espíritus áridos que se preguntan: ¿A qué todo esto?

Sacrificio del perfume: eso dice la Escritura que son las oraciones de los santos (*Apoc.* 5, 8). Símbolo de la oración es el incienso, de aquella oración propiamente que no piensa en fines prácticos; que nada quiere, y sube como el *Gloria Patri* al término de cada salmo; que adora y da a Dios gracias «por ser tan glorioso».

Puede, ciertamente, en este símbolo mezclarse la vanidad. Pueden también las nubes aromáticas crear una atmósfera sofocante de misterio y ser ocasión de alucinamiento religioso. Siendo así, razón tendrá la conciencia cristiana en protestar, reclamando la oración «en espíritu y verdad» (*Jn.* 4, 24), y en recomendar austeridad y honradez. Pero también en religión suele haber tacañería, nacida, como el comentario de Judas, de mezquindad de espíritu y sequedad de corazón. Para tales roñosos, la oración es cosa de utilidad espiritual y debe mostrarse circunspecta y burguésmente razonable.

Semejante mentalidad echa en olvido la regia munificencia de la oración, que es dádiva; desconoce la adoración profunda; ignora el alma de la oración, que nunca inquiere el *porqué* ni el *para qué*, antes bien asciende, porque es amor, y perfume, y belleza. Y cuanto más amor, tanto es más ofrenda; y del fuego consumidor sube la fragancia.

LUZ Y ARDOR

Con ansia apetecemos la unión con Dios, obligados de intrínseca necesidad. Para alcanzarla, nuestra alma nos propone dos caminos que, con ser distintos, conducen al mismo fin.

El primero es el del conocimiento y amor. Conocimiento es unión. Conociendo nos adentramos en las cosas y las asimilamos. Hacémoslas propiedad nuestra, partes de nuestra vida. También amor es unión. No mera tendencia, sino unión lograda. Tanto tienes cuanto amas. Pero este amor ofrece una particularidad que expresamos llamándole «espiritual». La palabra, con todo, no es adecuada, porque también el otro amor de que hablaremos más tarde es espiritual. Llamándole «espiritual» queremos aquí significar que no se efectúa la unión en la sustancia misma, sino en un movimiento de la inteligencia y del corazón.

¿Habrá de ello alguna figura externa? ¿Alguna imagen? Sí que la hay, y maravillosa: *luz y ardor.* He ahí el cirio con su llama refulgente. Nuestros ojos ven la luz, la reciben, se identifican con ella, aun sin tocarla. La llama queda en su lugar, como también los ojos que la ven; con todo, de ambas cosas, llama y ojos, se ha hecho unión íntima; unión respetuosa y casta, podríamos decir. Unión sin contacto ni mixtura, puramente visual.

Semejanza profunda de aquella unión que se lleva a cabo entre Dios y el alma por el conocimiento.

«Dios es la verdad», dice la Escritura Y quien conoce la verdad, la posee en espíritu. Luego Dios está en el pensamiento de quien debidamente le conoce. Dios vive en el espíritu de quien piensa en Él con verdad. Por eso, «conocer a Dios» equivale a unirse con Él, como los ojos con la llama en la visión de la luz.

Con la llama se establece unión también por el ardor, como experimentamos en el rostro y en las manos; sentimos cómo nos penetra calentando, no obstante quedar ella intacta en sí.

Eso es amor: unión por ardor con la llama divina, pero sin tocarla. Porque Dios es bueno, y quien ama el bien, lo posee ya en espíritu. Con sólo amar el bien, ya es mío; y cuanto lo amo, tanto me pertenece; pero no lo toco. «Dios es amor», dice San Juan, «y quien permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él.» (1 *Jn.* 4, 16.) Conocer y amar a Dios significa unión con Él. Por eso la eterna bienaventuranza consiste en ver y amar. No en asistir hambriento, sino en estrechísima intimidad, satisfacción y hartura.

Vimos antes cómo la llama es imagen del alma. Ahora descubrimos que lo es también del Dios viviente, «puesto que Dios es luz, y en Él no hay tinieblas» (1 *Jn.* 1, 5). Como la llama luz, así Dios irradia verdad. Y el alma recibe en sí la verdad y por ella se une con Dios, de la misma suerte que los ojos ven la luz y por ella se unen con la llama. La llama despide ardor; así también Dios derrama bondad. Mas quien ama a Dios, hácese uno con Él en bondad, a la manera como con la llama se hacen uno mano y rostro recibiendo su cálida caricia. Pero la llama permanece en sí misma intacta, pura y

noble; y así de Dios dice la Escritura que «habita en luz inaccesible» (1 *Tim.* 6, 16).

¡Llama fúlgida y ardorosa, imagen de Dios vivo!

Ahora comprendemos por qué en la función del Sábado Santo el cirio pascual simboliza a Cristo; y por qué el diácono anuncia la llama del cirio cantando jubiloso: «*Lumen Christi:* lumbre de Cristo», y de allí se encienden las luminarias del templo, para que por todas partes brille e inflame la luz y el ardor del Dios viviente.

PAN Y VINO

HAY también otro camino que conduce a Dios. No osaríamos hacer mención de él, si no lo indicara la palabra misma de Cristo ni lo siguiera tan confiada la Liturgia.

Porque, además de la unión de ver y amar, por conocimiento y afecto, como antes decíamos, hay también unión del ser viviente con Dios. No sólo el entendimiento y la voluntad tienden a Él, sino todo nuestro ser. «Mi corazón y mi carne claman ansiosos hacia el Dios vivo», dice el *Salmista* (83, 3), y no apagaremos nuestra sed, en tanto no nos hayamos con Él unido en ser y vida. Mas este género de unión a que nos referimos no implica mezcla de sustancias o confusión de vidas; que sólo el afirmarlo sería, sobre temerario, insensato, ya que ninguna cosa creada puede mezclarse con la esencia divina. Y, con todo, hay esta otra suerte de unión, distinta del mero conocer y amar: la unión de la vida real.

La deseamos con ansia, por secreta e íntima necesidad; y para declarar este deseo nuestro hay una expresión profunda, que la misma Escritura y la Liturgia nos ponen en los labios: desearíamos que nuestra vida personal se uniera con Dios, como se une el cuerpo con el manjar y la bebida. Sentimos hambre y sed de Dios. No nos basta conocerle y amarle; querríamos estrecharle, guardarle, poseerle; es más, digámoslo de una vez sin temor: querríamos comerle, beberle, ingerirle por entero en

nosotros, hasta saciarnos de Él y quedar satisfechos y hartos. Lo dice la Liturgia de la fiesta de Corpus con las palabras mismas del Señor: «Envióme el Padre viviente, y yo vivo por el Padre; y quien me come, vivirá por mí.»

¿No es verdad? Por derecho propio no osaríamos pedir tanto, temerosos de parecer sacrílegos. Pero diciéndolo Dios mismo, nuestro interior asiente: «Así ha de ser.»

Insisto en que no cabe aquí presumir de irreverencia alguna; ni hay indicio de que intentemos suprimir con ello las fronteras entre Dios y nosotros, criaturas suyas. Pero podemos declarar con sinceridad el deseo vehemente que Él mismo ha puesto en nuestro corazón. Bien podemos alegrarnos del don de su inmensa bondad. Jesucristo dice: «Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida... Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él.» «De la misma suerte que yo, enviado del Padre viviente, vivo por el Padre, así, quien me come, vivirá en mí.» (*Jn.* 6, 55-57.) Comer su carne... beber su sangre... comerle... recibir al Hombre Dios dentro de nosotros, con cuanto es y tiene, ¿no excede con mucho lo que podíamos desear de propia iniciativa? Mas ¿no es eso precisamente lo que responde a nuestros deseos más íntimos?

Magnífica expresión de tan augusto misterio nos ofrece la figura del pan y del vino.

El pan es alimento. Verdadero, puesto que realmente nutre; sustancioso, que nunca hastía. El pan es veraz. También es bueno, en el sentido profundo y cálido de la palabra. Pues en figura de pan se da a nosotros por alimento el Dios viviente. San

Ignacio de Antioquía escribe a los fieles de Éfeso: «Partimos un pan que es remedio de inmortalidad.» Es manjar que sustenta nuestro ser del Dios viviente y nos da morada en Él y a Él en nosotros.

El vino es bebida. Por mejor decir, no sólo es bebida para apagar la sed, que a tal fin basta el agua. El vino hace algo más: «Alegra el corazón del hombre», dice el *Eclesiástico* (31, 35). Sobre alivio de la sed, el vino es bebida de alegría, abundancia y exceso.

«¡Cuán bello mi cáliz que embriaga!», dice el *Salmista* (22, 5). ¿Entiendes ese lenguaje? ¿Comprendes que embriaguez aquí no significa exceso, antes bien cosa muy distinta? El vino es belleza rutilante, fragancia y vigor, que ensancha y transfigura. Y bajo la especie de vino da Cristo a beber su sangre; no como bebida discretamente virtuosa, antes bien como el *non plus ultra* de la exquisitez divina. «*Sanguis Christi, inebriame:* Sangre de Cristo, embriágame», oraba San Ignacio de Loyola, el caballero de corazón ardiente. Y Santa Inés, en el Oficio de su fiesta, nos habla del misterio de amor y belleza de la sangre de Cristo: «Miel y leche libé yo de su boca, y su sangre embelleció mis mejillas.»

Cristo se ha hecho para nosotros pan y vino, manjar y bebida. Le podemos, pues, comer y beber. Pan: lealtad y constancia; vino: audacia, alegría desmedida, fragancia y belleza, holgura y liberalidad sin límites. Borrachera de vivir, y de poseer, y de prodigar.

EL ALTAR

¡QUÉ hermosa variedad de potencias y facultades en el hombre! Puede por el conocimiento hacer suyos los objetos que le rodean, estrellas, montañas, ríos, mares, plantas, animales, y aun los seres humanos, dándoles aposento en su mundo interior. Puede amar las criaturas, como asimismo aborrecerlas o desecharlas; mostrarse hostil, o bien ir en su busca y atraerlas hacia sí. Puede echar mano del mundo circundante y modificarle a su placer. Olas de variados y aun opuestos afectos y sentimientos cruzan de continuo su corazón: gozo y deseo, tristeza y amor, calma y zozobra...

Pero de todas sus facultades, ninguna tan noble como la de reconocer a un ser superior, rendirle adoración y emplearse en su servicio. El hombre puede reconocer a Dios por su dueño, puede adorarle y hacer de sí ofrenda «para que Él sea glorificado».

En eso consiste el sacrificio: en que la majestad de Dios resplandezca en el espíritu; en que el hombre adore esa majestad y no se deje llevar de afanes egoístas, antes bien, con perfecta abnegación ponga su estudio en que «Dios sea glorificado».

Esa facultad de sacrificar es lo más hondo del alma. En la entraña del ser humano reina aquel sosiego y claridad de donde sube a Dios la ofrenda.

Signo visible de esta recámara secretísima, sosegadísima y fortísima del hombre es el altar. Ocupa el lugar más sagrado de la iglesia, dominando, desde

las gradas en que se eleva, todo el recinto del templo, que ya por su misma configuración externa difiere de las construcciones humanas y está aislado como el santuario del alma. Asiéntase en sólido pedestal, como la voluntad sincera del hombre conocedor de Dios y dispuesto a servirle. Sobre el pedestal, la «mesa», lugar apropiado para el sacrificio, llana, sin rincones, penumbras ni cosa alguna que se preste a manejos sospechosos, antes bien abierta a todas las miradas. Así, como en el corazón ha de llevarse a efecto el sacrificio: patente a los ojos de Dios, sin reservas ni segundas intenciones.

Ambos altares guardan estrecha analogía, el visible del templo y el invisible del alma. Aquél es el corazón del santuario; éste, la realidad más honda del pecho humano palpitante, del santuario interior, del cual el visible, con sus muros y bóveda, es símbolo e imagen.

EL LINO

LINO, el mantel extendido sobre el altar; lino, los Corporales donde reposan Hostia y Cáliz del Señor; lino, el alba o túnica blanca en que se envuelve el sacerdote para el divino servicio; lino, el lienzo que cubre la mesa del Señor, donde se reparte el Pan Eucarístico entre los fieles...

Cosa en verdad preciosa el lino de buena ley: limpio, fino y fuerte. Viéndole extendido tan blanco y fresco, me viene a la memoria cómo, yendo cierto día de invierno por el bosque, llegué de pronto a un claro que se hacía entre oscuros abetos, alfombrado de *reciente y blanquísima nieve*. Respetuoso, no osando hollar con burdo calzado aquella albura sin mancilla, di un rodeo para proseguir mi ruta a la otra parte... Pues así está el lino desplegado para el culto.

Se ha de ver ante todo en el altar de la divina ofrenda. Del altar decíamos en el epígrafe anterior que está aislado del resto del templo, como lugar sagrado por excelencia, y que el altar visible es imagen y semejanza del interior del alma. ¿Qué digo imagen? El altar visible no sólo representa aquel otro invisible del corazón interiormente dispuesto al sacrificio, sino que ambos se complementan mutuamente, y aun por manera misteriosa componen uno solo. El altar verdadero y perfecto donde se ofrece el sacrificio de Cristo es la unidad viviente de entrambos.

¿Hablará por eso el lino tan eficazmente al corazón? Algo ha de haber sin duda en nuestro interior que le haga correspondencia. Porque sentimos su voz como una orden expresa, como un cargo y un anhelo. Sólo del corazón limpio nace el sacrificio verdadero; y el lino representa la pureza que debe adornar el corazón para que la ofrenda sea grata a Dios.

No poco tiene el lino que decirnos sobre la pureza. Cosa fina y noble el verdadero lino. Un natural tosco y violento no constituye de suyo pureza alguna; nada tiene ésta que ver con el rostro ceñudo; su fortaleza es la de la finura; su disciplina, aristocrática. Pero tiene vigor. El verdadero lino es fuerte; no tela sutil de araña, que un airecillo disipa. La verdadera pureza no es enfermiza; no huye de la vida, ni vive de vanas ilusiones, ni se forja ideales exagerados. La pureza de verdad tiene las mejillas sonrosadas del gozo de la vida y ostenta el brío intrépido de la lucha valerosa.

Y otra cosa más dice el lino al espíritu reflexivo. Porque no fue al principio tan límpido y primoroso cual ahora le ves; primero tosco y de escasa vistosidad, poco a poco ha ido tras repetido tratamiento de lavados y blanqueos adquiriendo ese su aroma de frescura. Pureza no es virtud congénita. Es ciertamente gracia; y hay sin duda quienes la llevan en su alma como un don, mostrando en todo su ser el frescor vívido de íntima nativa inocencia. Pero son excepciones. Eso que en los demás casos llamamos pureza, es cosa a menudo muy incierta, y sólo significa que aun no se ha movido tempestad contra ella. El casto no nace, sino se hace. La verdadera pureza se adquiere tras largo y decidido empeño.

Lino sobre el altar, blanco, fino y fuerte: símbolo de pureza, hidalguía y vigor sano.

En el *Apocalipsis* nos habla San Juan de «una gran muchedumbre, que nadie podía contar, de todas las naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas, de pie ante el trono, vestidos de túnicas blancas». Y como alguien preguntase: «Éstos que andan así vestidos de blanco, ¿quiénes son y de dónde vinieron?», fuéle respondido: «Éstos son los que vienen de la magna tribulación, y lavaron sus vestiduras y las blanquearon en la sangre del Cordero. Por eso asisten en el trono de Dios y le rinden culto día y noche.» (*Apoc.* 7, 9 ss.)

«Vísteme, Señor, de blanca túnica», reza el sacerdote poniéndose el alba para el Santo Sacrificio de la Misa...

EL CÁLIZ

UNA vez, y de esto hace ya largo tiempo, hallé el cáliz. Ver, eso sí, muchísimas ; pero hallarle, en Beuron fue la primera, visitando el tesoro de la sacristía, que el monje encargado de guardar los objetos del culto me enseñó gentilmente.

Sosteníase firme sobre extenso pie, asentado en la peana. Austero subía el tallo, sutil por extremo, en que se adivinaba la fuerza sustentadora, ascendente en apretado haz. A poco más de su mitad, el nudo finamente labrado ; y en el remate, donde angosto anillo reducía a extrema sujeción la noble fuerza sustentadora, desplegábase minuciosa y linda decoración foliácea, ofreciendo amable descanso al corazón del cáliz, la copa.

¡ Ah, y cómo en aquella ocasión sentí el sagrado misterio !

Como si el tallo sustentador brotara de honda y sólida base, con fuerza severamente concentrada, y de él floreciera aquella figura, que tiene un sentido único : recoger y guardar.

¡ Oh, tú, santo y sagrado arcano, Cáliz que en tu fondo resplandeciente escondes el tesoro de las gotas divinas, el misterio inefable de la sangre dulce y fecunda, puro fuego y puro amor !

Y proseguía el discurso... Mas, no ; que ya no era discurrir, sino sentir y contemplar. ¿ No está ahí el mundo ? ¿ Y la creación entera, que, en último tér-

mino, sólo tiene un sentido? El hombre, en carne y hueso, en cuerpo y alma, con su corazón palpitante... ¿No dijo San Agustín con frase grandiosa que lo más hondo de mi ser de hombre consiste en que «soy capaz de abarcar a Dios»?

LA PATENA

RAYABA el día. Tras haber ganado la cumbre, emprendí el regreso. Abajo, en el valle, dormía el lago, y hacíanle guardia, solemnes y silenciosas, las montañas circundantes, bañadas en luz matinal. ¡Era tan puro el ambiente! ¡Tan majestuoso el espacio, y los árboles tan lozanos con su pomposo ramaje! Y en mí mismo todo mi ser tan lleno de vigor placentero y radiante, que parecíame como si invisibles fuentes surtieran calladas, y la naturaleza toda ascendiera a la región inmensa y luminosa.

Entonces comprendí que pueda dilatársele el corazón al hombre; y que, puesto en pie, erguido el rostro, abiertas las manos en forma de patena y alzadas en alto hacia la infinita Bondad, al Padre de la luz, al Dios que es amor, le ofrezca todo cuanto en torno suyo y en los secretos veneros del mundo se cría y resplandece en suma quietud y calma. ¿No le parecerá que de la patena de sus manos asciende radiante y santo el universo?

Así Cristo en la cima del espíritu, ofreciendo al Padre en holocausto su amor y su aliento de vida. De esa cima fue un peldaño el monte Moria, en el cual sacrificó Abraham; y lo fue antes el lugar en que ofreció su sacrificio expiatorio Melquisedec, sacerdote y rey; y en los albores de la humanidad, aquel otro de donde subía al cielo en derechura la ofrenda de Abel.

Pues siempre esa cima despunta, y siempre están extendidas las divinas manos, y siempre sube en alto la ofrenda, cuando el sacerdote — no el hombre, instrumento insignificante —, de pie ante el altar, alza en sus manos abiertas la *patena,* en que reposa el pan blanquísimo: «Recibe, ¡oh Padre santo y omnipotente Dios!, esta hostia limpia, que yo, indigno siervo tuyo, te ofrezco a ti, Dios mío, vivo y verdadero, por los innumerables pecados míos, ofensas y negligencias, y por todos los circunstantes, y por todos los fieles cristianos, vivos y difuntos, para que a ellos y a mí aproveche para salud en vida eterna.»

LA BENDICIÓN

SÓLO puede bendecir quien tiene poder. Sólo puede bendecir quien puede crear. Sólo puede bendecir Dios.

Bendiciendo, vuelve Dios su faz a la criatura y la llama por su propio nombre. Escoge por blanco de su amor omnipotente el corazón, la entraña de la criatura, y de sus liberales manos la abastece de virtudes que dan fecundidad, crecimiento, salud y remedio: «Yo volveré hacia vosotros mi rostro; yo os haré fecundos y os multiplicaré.» (*Lev.* 26, 9.)

El bendecir compete a sólo Dios, porque lleva implícito el derecho de disponer de los seres vivientes. El bendecir es acto de autoridad del Señor de la creación; es beneplácito y promesa del Señor de la Providencia. Bendición es destino feliz.

Al decir Nietzsche: «De suplicantes hemos de hacernos bendicientes», se alzó en rebeldía, puesto que no ignoraba el alcance de tales palabras. Sólo Dios puede bendecir, por ser dueño único de la vida. Mas nosotros por naturaleza somos suplicantes.

Lo contrario de bendecir es maldecir, que significa sentencia de muerte, sello de condenación. También la maldición va dirigida al rostro, al corazón de la criatura maldita. Es una orden del Señor, que seca las fuentes de la vida.

Dios comunica el poder de bendecir y maldecir a cuantos intervienen en suscitar la vida: a los padres

de quienes dice el *Eclesiástico:* «La bendición del padre levanta las casas de los hijos» (3, 11) — y a los sacerdotes. A ellos toca engendrar la vida natural y la de la gracia. A ese fin han sido designados por la naturaleza y el ministerio.

Y también podrá uno pretender el derecho de bendecir haciéndose de ello digno por su pureza, no buscándose a sí mismo, antes bien tratando de emplearse todo en el servicio del Dios viviente.

Pero siempre el poder de bendecir proviene de Dios ; y queda sin efecto cuando uno presume tenerlo por derecho propio. Somos por naturaleza suplicantes ; bendicientes somos por gracia, como también sólo por gracia tenemos poder para mandar eficazmente.

Y como el poder de bendecir, de igual suerte el de maldecir : «La maldición de la madre arruina los cimientos» de las casas de los hijos, la vida y la salud (*Ecli.* 3, 11).

Lo representado en el orden corpóreo al bendecir, tiene su cumplimiento en el sobrenatural de la gracia ; pues lo que obra y realmente fluye en la verdadera bendición, en la esencial, figurada en la visible, es la vida propia divina. Dios bendice consigo mismo ; se da a sí mismo en la bendición, la cual engendra vida divina en nosotros, haciéndonos «partícipes de la naturaleza divina» (2 *Ped.* 1, 4). Mas, siendo gracia, don puramente gratuito otorgado en Cristo, la bendición en que se nos da Dios habrá de ser con el signo de la Cruz.

El poder de bendecir lo comunica Dios a cuantos en la tierra hacen sus veces : por el misterio del Matrimonio cristiano, al padre y a la madre ; por el del Presbiterado, al sacerdote ; por el del Bautis-

mo y del real sacerdocio de la Confirmación, a los que «aman a Dios de todo corazón, y con toda el alma, y con todas sus fuerzas, y con toda su mente, y al prójimo como a sí mismos» (*Mat.* 22, 34 ss.; *Marc.* 12, 28 ss.; *Luc.* 10, 27). A todos éstos concede el Señor poder de bendecir con su propia vida divina; a cada uno en distinto grado, según lo requiera el ministerio que se le confía.

La llamada a representar la bendición es la mano, por medio de algún ademán conveniente. En la Confirmación y Ordenación sacerdotal se impone sobre la cabeza, para que por ella se difunda en el alma cuanto viene de lo alto y nace del divino Espíritu. Con ella traza el obispo la señal de la Cruz en la frente y sobre la persona, para que allí se derramen en abundancia los tesoros divinos. Porque la mano es la dispensadora; ella crea, forma y da.

Pero la bendición por excelencia es aquella del Santísimo, con el Cuerpo de Jesucristo sacramentado. Mas es preciso hacerla con sumo respeto, observando la disciplina que requiere el misterio.

EL ESPACIO SAGRADO

En el espacio físico distinguimos direcciones: las tres consabidas. Por ahí entendemos que el espacio es un ente ordenado, y no un caos. Orden de contigüidad, superposición y enlace, del cual depende que nuestra vida se desenvuelva conforme a razón y podamos construir edificios, darles forma y habitar en ellos.

Así también el espacio sobrenatural, el sagrado, tiene su orden propio, fundado en el misterio.

Las iglesias se construyen mirando a oriente, *con el eje mayor de oeste a este, de suerte que las* atraviese de un cabo al otro la cuerda del arco solar diurno. Con tal disposición, el ábside recibirá por la mañana los primeros rayos solares, y la fachada, al atardecer, los postreros. Siendo Cristo el Sol del mundo religioso, la dirección de su trayectoria ha de fijar el orden del espacio sagrado, de todo edificio y de toda figura bien orientada hacia la eternidad.

Para la lectura del Evangelio se pasa el Misal de un lado al otro, del sur al norte, dado que, como se ha dicho, el altar cae a oriente. Del austro, en efecto, viene al septentrión la palabra divina. Pero el paso del Misal significa algo más que un mero recuerdo histórico de habernos llegado el Evangelio de las regiones meridionales. Mediodía es plenitud de luz, imagen de la claridad sobrenatural; septentrión, por el contrario, es símbolo del frío y de la oscuridad.

De la luz viene el Verbo; Él es la luz del mundo, brilla en las tinieblas y penetra en la oscuridad cuando es bien recibido.

La tercera dirección es la vertical. Al preparar el sacerdote la ofrenda, levanta en alto patena y cáliz. Porque Dios está «arriba», es el «Santo de las alturas». El suplicante levanta asimismo la mirada y las manos de lo profundo a «las alturas». Y el obispo y el sacerdote, al bendecir, abajan la mano poniéndola sobre la cabeza del que se postra a sus pies o sobre los objetos allí colocados; porque toda criatura está «abajo», y la bendición desciende del Altísimo. Tal es la tercera dirección del espacio sagrado. Dirección del alma: la del ansia, de la oración y de la ofrenda. Dirección de Dios: la de la gracia, de las bendiciones y del sacramento.

He ahí, en suma, las tres direcciones:

La primera, la del Sol naciente, que es Cristo, en quien ponen la mira los fieles cristianos, y de quien viene a nuestro corazón el rayo de la luz divina. Orientación principal del alma, y descenso de Dios a la criatura.

La segunda, de norte a sur, donde la oscuridad busca la luz que brilla en la palabra divina. Ésta viene del corazón ardiente para alumbrar e infundir calor.

Por último, la vertical, la de las ansias, oraciones y ofrendas del alma, que de lo profundo suben al trono del Altísimo; y de las gracias, bendiciones y sacramentos, que en retorno descienden sobre el alma.

LAS CAMPANAS

DENTRO, el espacio de la iglesia habla de Dios, le pertenece por entero y está lleno de su augusta presencia. Pues realmente es casa de Dios, separada del mundo y cerrada de muros y bóveda. Es un espacio vuelto hacia adentro, a lo escondido, y habla del misterio divino.

¿Y el espacio de fuera? ¿Esa inmensidad sobre la llanura, que se extiende ilimitada por todas partes? ¿Y la que está sobre las altas cumbres, rayana en lo infinito? ¿Y la que llena en profunda calma los valles, cercada de montañas? ¿No estará ese espacio de alguna manera unido con el santuario?

¡Oh, sí que lo está! ¿Ves esa torre que descuella sobre el templo e invade la región del aire, como tomando posesión de ella en nombre de Dios? Pues allí dentro, en el campanil, verás suspendidas unas campanas de pesado bronce, que, tocadas a vuelo, vibran con su cuerpo reluciente y gentil, enviando sonido tras sonido a la inmensidad. Ondas de eufonía brotan del bronce, ora breves y argentinas, ora graves y llenas, ora profundas y pausadas, invaden el espacio y le inundan del mensaje del santuario.

Mensaje de lejanía; mensaje del Dios sin fronteras ni límites; mensaje de anhelos y de dádiva infinita.

Al «varón de deseos» llaman, al hombre de corazón abierto a la inmensidad.

Si bien cada hora del día tiene sus rasgos propios, hay tres que nos miran con rostro particularmente radiante: la mañana, la noche y el mediodía. Y todas tres son sagradas.

a) *La mañana*

El semblante de la *mañana* resalta por su claridad y vigor entre todas las horas del día. Es el preludio. Cada mañana se renueva el misterio del nacimiento. Despertados del sueño que remozó nuestra vida, comprobamos clara y distintamente: «Sigo viviendo; soy.» Y nuestro ser, rejuvenecido, entra en oración. Vuelto al origen de donde procede, le dice: «Oh Dios, que me criaste, gracias te doy por la vida que me otorgas. Gracias también por lo que soy y tengo.» Y la vida renovada, comprobando sus energías, tiende a obrar. Cara al día que comienza y a sus tareas, dirige al cielo esta plegaria: «Señor, en tu nombre y con tu favor comienzo la jornada. ¡Deseo consumarla en tu servicio!»

Tal es la hora sagrada de la mañana. Renace la vida; y, consciente de existir, presenta al Señor la gratitud sincera de la criatura; apréstase a luchar de nuevo y comienza la faena cotidiana, reconociendo su origen divino e invocando el favor de Dios.

¿Ves cuántas cosas dependen de esta primera ho-

ra del día? Es su preludio; mas hay quienes le inician sin preludiar, deslizándose por él distraídos e irresolutos. Pero entonces ya no es el día una «jornada», sino un jirón de tiempo, desprovisto de semblante. Un día es un camino que requiere dirección. Un día es una obra que ha menester voluntad resuelta. Un día es tu vida entera. Tu vida es como un día; mas es preciso darle un semblante.

Voluntad, dirección y faz serena vuelta a Dios: he ahí lo que representa la mañana.

b) *La noche*

También la *noche* encierra un misterio: el de la muerte. Cumplida la jornada, el hombre se dispone a entrar en el silencio del sueño. Por la mañana, la vida renovada hacía alarde de vigor; pero al anochecer siéntese rendida y exige reposo. Y durante las horas que preceden al sueño está sonando el misterio de la muerte. A menudo no le oímos, por estar nosotros interiormente dominados de las especies del día transcurrido o acuciados de deseos y proyectos para el siguiente. Percíbesele a las veces muy quedo, como lejano presentimiento. Noches hay, con todo, en que sentimos declinar la vida hacia aquella densa oscuridad «en que ya nadie puede obrar» (*Jn.* 9, 4).

Y es de suma consecuencia que entendamos ese misterio de la muerte. Porque morir no significa simplemente cumplirse el plazo de los días. Morir es el postrer esfuerzo de la vida, su acto supremo y decisivo. Lo que sucede en vida, ya de un pueblo, ya de un individuo, no queda ultimado y concluso. Todo depende de lo que ellos estén dispuestos a hacer. Según la resolución que tomen, cabe aún que

de lo pasado resulte algo nuevo, ora en provecho, ora en daño suyo. Imagina, por ejemplo, que sobre un pueblo vino una gran desgracia. Lo acaecido no vuelve atrás, ciertamente; pero está inconcluso. Demos ahora que el pueblo se abandone a la desesperación, o bien que, enmendando el yerro, comience de nuevo. Con esto quedará definitivamente ultimado lo acaecido tiempo atrás.

Viniendo a nuestro caso, decimos que el significado más profundo de la muerte consiste en ser ella la postrera palabra que pronuncia el hombre sobre su pasada vida, la fisonomía definitiva que le imprime. Es el momento supremo en que se le ofrece al hombre una tremenda disyuntiva: o bien se resuelve a repasar por última vez la vida entera; y entonces el fuego de la contrición purifica las faltas cometidas, y el agradecimiento y la humildad atribuyen a Dios la gloria del bien que se hizo, yendo todo a parar en una entrega sin reservas en las manos de Dios; o bien, descorazonado, deja el mortal escurrir la vida en un acabamiento sin dignidad ni fortaleza. Pero entonces no tiene ella propiamente fin; fenece sin más. Y no le queda forma ni fisonomía.

Aquí estriba el sublime «arte de morir»: el arte de cifrar todo lo pasado en un «sí» único, dado a Dios. Mira, pues, de ejercitarte cada noche en ese arte de dar a tu vida un remate verdadero que preste a lo pasado valor decisivo y rasgos de eternidad.

El anochecer es la hora de dar la última mano a las cosas. Nos hallamos ante Dios, previendo que algún día nos hemos de encontrar con Él cara a cara para rendir la última cuenta. Bien palpamos el contenido de la palabra «sucedió»: el bien; el

mal; pérdidas y despilfarros. Puestos en la presencia de Aquel «para quien toda las cosas viven», tanto las pasadas como las venideras, de Aquel que tiene virtud para devolver al corazón contrito aun los méritos perdidos, demos al día que muere un semblante definitivo. Por las malas obras, arrepentimiento que las «enmiende»; por las buenas, gratitud humilde y sincera, que las despoje de toda vanidad; cuanto a lo dudoso, imperfecto, mezquino y turbio, confianza incondicional que lo anegue todo en el amor todopoderoso del Señor.

c) *El mediodía*

Por la mañana resurge la vida; asciende primero risueña y con brío, luego un tanto perezosa y lenta por el cúmulo de obstáculos que la entorpecen. Alcanzado al fin el punto culminante del mediodía, reposa breve espacio de tiempo. Comienza luego el descenso. La fatiga le va haciendo desmayar, hasta que, tras un nuevo y breve esfuerzo, se entrega al silencio de la noche.

Mas entre la mañana y la noche, en la culminación diurna, la vida se toma un respiro, corto, pero magnífico: el *mediodía;* no es para otear lo por venir, pues no siente apremio; tampoco para mirar atrás, ya que aun no ha iniciado el descenso; ni es por cansancio, puesto que conserva todo el brío de la carrera. Se detiene en pura actualidad, vueltos a la inmensidad los ojos; digo mal, porque no mira al tiempo ni al espacio, sino a la eternidad.

¡Ah, y qué profundo ese intervalo del mediodía! No lo notas en la ciudad, donde el bullicio tiene su mansión propia y el silencio y el recogimiento están

proscritos. Pero sal de paseo un día de verano por los sembrados o la campiña, a la hora en que el sol culmina y caldea el ambiente. ¡Qué profundo te parece ahora todo! Te detienes, y el tiempo se desvanece. La eternidad te contempla. A todas las horas tiene algo que decir la eternidad; pero de esta del mediodía es vecina. Así espera el tiempo y se abre. La hora meridiana es actualidad pura, la plenitud del día.

Plenitud del día... Presencia de la eternidad... Esperar y abrirse... Suena a lo lejos la campana del *Angelus*... Mensaje de redención nos trae a la hora silenciosa del mediodía: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios...» (*Jn.* 1.)

«El Ángel del Señor anunció a María. Y concibió por obra del Espíritu Santo. Y María dijo: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.»

Llegó por fin la hora meridiana de la humanidad, la «plenitud de los tiempos», que en una mujer hizo mansión y aguardaba: en María. La cual no sentía apremio; no miraba adelante ni atrás. En ella residía la plenitud de los tiempos, actualidad pura, abierta a la eternidad y en espera. Y la eternidad se inclinó a María; vino el mensaje, y el Verbo se hizo carne en sus purísimas entrañas.

La campana evoca ese misterio en nuestra jornada. En la hora meridiana del día cristiano revive de continuo el misterio del mediodía de la humanidad. Siglo tras siglo suena en ella el eco de la plenitud de los tiempos.

Nuestra vida entera había de ser vecina de la

eternidad, y en nosotros reinar siempre un silencio abierto a ella y atento a cuanto nos dice. Pero la vida es tan bulliciosa, que no deja oir su voz. Así que al menos en la hora sagrada del mediodía, al toque del *Angelus*, habíamos de recogernos y apartar de nosotros toda suerte de importunidades, estar callados y escuchar atentos el misterio en que el «Verbo eterno abandona su real trono, cuando el mundo está sumido en profundísimo silencio»; una vez en la realidad histórica concreta, pero día tras día en cada una de las almas.

¡Ah, y qué bella oportunidad ofrece esta pausa para reconocerse estrechamente unido con cuantos a la vez la guardan! ¡Qué ocasión tan propicia para ahondar la comunidad, cambiar saludos y bendiciones!...

DEL NOMBRE DE DIOS

Los hombres nos hemos embrutecido. De muchas cosas profundas y delicadas ya no tenemos noción, ni remota siquiera. Una de ellas es la *palabra*. Ignorantes de su contenido, considerándola superficial; y no sintiendo su fuerza, nos parece ligera y fugaz. No empuja ni hiere, sino que es un producto sutil de sonido y armonía. Pero ¡vaya cuerpo fino el suyo para envoltura de cosas inmateriales! En la palabra se juntan y manifiestan la esencia de un objeto y la vibración de nuestra alma a vista del mismo.

Así al menos debía ser. Y ciertamente lo fue en el primer hombre

Refiere el *Génesis* en las primeras páginas cómo Dios «hizo desfilar a todos los animales de la creación en presencia de Adán, por ver qué nombre les daba» (*Gén.* 2, 19). Con sentido despierto e ingenio perspicaz penetró aquél por entre la envoltura externa hasta la esencia misma, y la declaró en un nombre. Su espíritu respondió a la criatura; alguna fibra relacionada de manera particular con ésta vibró en aquél, como sea cierto que el hombre es síntesis y unidad de toda la creación. Y ambos elementos, la esencia del objeto y la respuesta interior del alma, vitalmente unidos, los expresó en un nombre.

El cual, por contener juntos un elemento del mundo exterior y otro del mundo interior humano,

proferido por Adán, evocaba en su mente la fisonomía esencial del objeto externo, y ponía de manifiesto la reacción operada en su espíritu. De ahí que el nombre fuera un signo misterioso en que el hombre descubría el mundo y su propia alma.

Las palabras son nombres. Y hablar es el arte sublime de usar del nombre de las cosas; de tener trato con la esencia de las cosas y con la esencia de la propia alma en la armonía entre ambas querida por Dios.

Mas esta íntima relación del hombre con la creación y consigo mismo no fue duradera. Pecó, y el lazo de unión quedó roto. Hiciéronsele extraños los seres, y aun hostiles. Ya no los escudriña con ojos puros, antes bien codicioso y despótico, y a la vez con mirada insegura de culpable. Los seres le cierran las puertas de su esencia. También la suya propia se le va de las manos, por haber él pretendido imponerse egoístamente. Pierde el señorío de sí mismo, y no vive como antes contemplando ingenuamente en su alma. Ésta se le hunde, y él queda incapaz de conocerse y dominarse.

El nombre expresado en la palabra ya no encierra para él en unidad viviente la esencia del objeto y la del sujeto. No resplandece allí el pensamiento divino de la armonía de la creación. Sólo percibe el hombre en la palabra una imagen estropeada y como un sonido perturbado, lleno de oscuros presentimientos y de nostalgia. Y si por ventura la oye bien, se para, escucha y reflexiona, mas no penetra el sentido. La palabra sigue enigmática y confusa, y él se persuade con dolor de que el paraíso se ha perdido.

Pero ni eso siquiera. Porque a tanto ha llegado

nuestra superficialidad, que no lamentamos la destrucción de las palabras. Nos hemos dado a pronunciarlas cada vez más atropelladas, insustanciales y aparentes, desentendiéndonos de la esencia allí encerrada. Las transmitimos a otros, como se pasa una moneda de mano en mano, ignorando la efigie y la leyenda que trae, sabiendo tan sólo qué dan por ella. Así de prisa van pasando las palabras de boca en boca. Su interior no habla más; ya no se trasluce en ellas la esencia de las cosas, ni se revela a sí misma el alma. Redúcense a palabras-moneda. Dicen relación a la cosa, pero no la declaran; son meros signos por donde los demás vienen en conocimiento de lo que uno quiere decir.

No es, pues, hoy el lenguaje con sus nombres aquel trato intuitivo del primer padre con la esencia de las criaturas, ni aquel encuentro de objeto y espíritu. Ni siquiera es soledad del paraíso perdido, sino un sonar arrebatado de palabras-moneda, como de máquina contadora, que distribuye las piezas, sin saber de ellas nada.

Alguna que otra vez habremos sentido un sobresalto. Llega de súbito a nuestros oídos tal o cual palabra, que parece llamar de los abismos: la esencia, que nos da voces. O bien topamos con ella en la lectura, y surge brillante de entre negros caracteres: el «nombre», la esencia, la respuesta del alma. Por un momento revive la experiencia primitiva de donde nació la palabra en que objeto y sujeto se encontraron. Renuévase aquella contemplación estática e intuitiva con que el hombre se apoderó de la esencia de los seres que a su vista desfilaban y la puso de manifiesto en figura de nombre. Nos perdemos en una inmensidad, nos engolfamos en un abismo, y

la palabra vuelve a ser aquella primera obra propuesta por Dios al ingenio humano. Mas todo se desvanece muy pronto, y la máquina contadora entra de nuevo en funciones.

Quizá de esa manera se te presente alguna vez el Nombre de «Dios».

* * *

Siendo esto así, no ha de sorprendernos que jamás pronunciaran el Nombre de Dios los fieles de la Antigua Alianza, sino que le sustituyeran por el de «Señor». Porque la especial elección del pueblo judío consistió en haber él palpado más directamente que ningún otro la realidad divina y la presencia de Dios. De su grandeza, majestad y terribilidad tuvo Israel idea mucho más clara que ninguna otra nación. Por medio de Moisés le reveló Dios su «Nombre» : «El que es, tal es mi Nombre.» «El que es», el que de nadie necesita, el que subsiste en sí y por sí mismo, y es suma y sustancia de todo ser y toda virtud.

El Nombre de Dios era para ellos imagen y resplandor de su esencia. De su Nombre veían irradiar la esencia divina. Tan una cosa con Dios era su Nombre, que tenían temor de pronunciarle, como temieron de su presencia un día en el Sinaí. En los Libros Sagrados del Antiguo Testamento habla Dios de su Nombre como de sí mismo al decir del templo : «Allí estará mi Nombre.» (*Deut.* 12, 11 ; 4 *Rey.* 23, 27.) Y también en aquel lugar del *Apocalipsis* donde promete, a quien se mantuviere fiel, que le ha de «hacer columna del templo» y «sobre él inscribir el Nombre de Dios» (*Apoc.* 3, 12) : como si dijera que le ha de consagrar y dársele en persona.

Se explica, pues, aquel mandamiento: «No tomarás el Nombre del Señor, tu Dios, en vano.» (*Éx.* 20, 7.) Se explica también que el Salvador nos enseñe a orar: «Santificado sea el tu Nombre» (*Mat.* 6, 9; *Luc.* 11, 2); y que «en el Nombre de Dios» hayamos de comenzar todas nuestras obras.

Misterioso, en verdad, el Nombre de Dios. En él resplandece la esencia de lo Infinito; la esencia de Aquel «que es» en plenitud inagotable de ser y majestad.

Y en esa palabra vive asimismo lo más hondo de nuestra alma. Nuestro ser íntimo responde a Dios, porque inseparablemente le pertenece. Creado por Él y para Él, no descansará en tanto no esté con Él unido. Ningún otro sentido, en efecto, tiene nuestro «yo», sino el de unirse en comunión de amor con Dios. Todo esto, nuestra nobleza, el alma de nuestra alma, se encierra en la palabra «Dios», «mi Dios». Mi origen y fin, el principio y término de mi ser, la adoración, la nostalgia, la contrición: todo.

El Nombre de Dios es propiamente todo. Hemos, pues, de pedir que nos enseñe a «no tomar su santo Nombre en vano», antes bien a «santificarle». Hemos de rogar que su Nombre resplandezca en toda su gloria. Jamás consintamos que se convierta en moneda que circula muerta de mano en mano. Ha de ser para nosotros infinitamente precioso, tres veces santo.

Honremos como a Dios mismo su Nombre, que con ello honramos también el santuario de nuestra propia alma.

ÍNDICE

Prólogo 7
La señal de la cruz 13
La mano 17
De rodillas 23
De pie 27
El andar 31
El golpe de pecho 37
Las gradas 43
La puerta 49
El cirio 55
El agua bendita 59
La llama 65
La ceniza 71
El incienso 75
Luz y ardor 79
Pan y vino 85
El altar 91
El lino 95
El cáliz 101

La patena 105
La bendición 109
El espacio sagrado 115
Las campanas 119
Tiempo santificado 123
Del nombre de Dios 131